



PABLO SERRANO

CARTA DEL DIRECTOR

Veinte años no es nada

Son días de desasosiego e incertidumbre alrededor de cuestiones trascendentales como Nissan o el ferrocarril. Problemas de nuestro pasado más reciente a los que no se les dio una respuesta en los últimos veinte años, lo que obliga a ser aburridamente recurrentes por la injusticia que supone para la sociedad abulense que sigan lastrando el desarrollo.

Pero veinte años que, parafraseando el tango de Gardel, «no es nada», nos deja otras sensaciones y sabores de boca al referirnos a otros temas, como la Universidad Católica Santa Teresa de Jesús de Ávila. Ni mucho menos todo han sido rosas en este viaje de cuatro lustros. Demasiadas espinas sobre los aciertos y los errores, que como en todo, también hubo.

El sabor agrio se lo deja a quienes, apelando a la historia y la tradición, quieren mantenerse como un oligopolio anacrónico y despectivo, materializado a través de otras universidades del país, –algunas también vinculada a la Iglesia, todo hay que recordarlo–, y en especial a la que por proximidad más sufre la competencia, la Universidad de Salamanca. Creo que la convivencia en este sistema de reconocida competencia pasa por la concordia y el diálogo, y que cada uno opte por la excelencia dando las mejores oportunidades a sus alumnos. No quita para que se judicialicen los casos en los que uno u otro pueda ver vulnerados sus derechos, pero Salamanca debe asumir de una vez que si quiere el respaldo de la sociedad abulense debe respaldar contundentemente su campus abulense, porque en estos veinte años arrastra más deberes que haberes, algunos especialmente graves –sin mencionar otros anteriores, como el cierre del Colegio Universitario de Medicina–.

Veinte años en los que la Católica, quizás por haber nacido al cobijo de la protección de la Muralla y de la providencia de nuestra

Santa más universal, ha crecido exponencialmente convirtiéndose, además de todo, en una de las más importantes empresas locales con más de un centenar de empleos, además de muchos jóvenes y mujeres –¿alguien se ha parado a pensar qué efectos estadísticos tendría sobre los datos de empleo locales si mañana desapareciera la UCAV?–.

El sabor más amargo se lo deja a quienes ideológicamente abanderan el laicismo como si fuera una guerra de este tiempo olvidando que la libertad religiosa está contemplada en la misma Constitución, al margen de la necesaria cooperación con la Iglesia Católica y la vigencia de los acuerdos con la Santa Sede.

Y el sabor más sabroso y dulce son para quienes en algún momento nos hemos implicado con esta Universidad, entre los que me incluyo. Uno se ha hecho mayor conociendo el alumbramiento nada fácil de esta institución ya consolidada, y su crecimiento. Esta semana, la UCAV recordaba y agradecía públicamente la existencia de la Asociación de Amigos de la Universidad, de la que me honra haber participado en varias juntas directivas, incluso aquellos años más tan difíciles, cuando el propio obispo, su dueño, no creía en el proyecto. Aquello forma parte de la historia, pero afortunadamente, del pasado, y no cabe la menor duda de que estamos ante la época más próspera de la UCAV, con una confianza plena del obispo de la Diócesis hacia un proyecto que dio con la tecla correcta cuando integró a las Cruzadas en la dirección del mismo.

Quienes me conocen saben de mi obsesión por que Ávila se convirtiera, entre otras cosas, en una ciudad universitaria.

Ojalá ente todos lo que pueden contribuir a ello, vieran las mismas oportunidades. Entonces, nuestra ciudad y provincia podría ser otra cosa diferente.



director@diariodeavila.es